

Sembrando futuro

De cómo la Iglesia puede ayudar a promover los Objetivos de Desarrollo Sostenible *

Jeffrey D. Sachs **

Director del Instituto de la Tierra (Universidad de Columbia),
y asesor especial para el Secretario General de la ONU

Recibido: 13 diciembre 2013

Aceptado: 14 enero 2014

RESUMEN: Sin la inspiración de la Iglesia, defiende el autor de este artículo, no será posible el desarrollo sostenible. Un desarrollo sostenible, claro está, a nivel mundial, que incluya el crecimiento económico, la inclusión social, la sostenibilidad del medio ambiente, las buenas prácticas de gobierno. Todo ello sustentado por una ética global creíble y factible. La ética que inspira desde hace más de cien años la Doctrina Social de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE: Desarrollo sostenible, nueva ética global, Red de Soluciones para el desarrollo sostenible, Doctrina Social de la Iglesia.

El mayor problema al que nos enfrentamos a nivel mundial hoy en día es el de alcanzar un desarrollo sostenible. Es un reto extraordinario, de dimensiones únicas para nuestro tiempo y en el que la voz de la Iglesia será clave para lograr el éxito. Y es que no habrá éxito si el mundo entero no se une para defender una postura ética que salvaguarde a la humanidad y a la naturaleza. La Doctrina Social de la Iglesia y sus enseñanzas morales son cruciales para construir este marco ético.

Hubo un momento en la historia, hace cincuenta años, en el que la voz de la Iglesia ayudó a salvar el mundo. En abril de 1963, el papa Juan XXIII publicó *Pacem in Terris*, su última encíclica. En ella hacía un llamamiento a todos los gobiernos

* Publicamos este artículo con el consentimiento de American Press, Inc. Traducción: Paula Merele Romojaro.

** Jeffrey D. Sachs es director del Instituto de la Tierra de la Universidad de Columbia y asesor especial para el Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon, sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

del mundo a ejercer su poder político en un contexto de moralidad y de supervivencia humana, y sirvió para inspirar y animar al presidente John F. Kennedy a pronunciar el discurso más importante de la historia moderna de los presidentes americanos, conocido como «una estrategia de paz», en la *American University* en junio de 1963. La encíclica, junto al discurso, ayudó a abrir el camino para el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares que firmó junto al presidente de la Unión Soviética Nikita Khrushchev en julio de 1963 y que supuso un paso atrás crucial en la escalada hacia la aniquilación nuclear.

Este hecho histórico es un claro ejemplo de que las palabras y la visión de la Iglesia pueden ayudar a inspirar a los líderes del mundo en temas candentes. Yo creo que esa misma inspiración por parte de la Iglesia es necesaria hoy para afrontar el problema del desarrollo sostenible. Hemos comenzado una era de la historia en la que se requieren nuevas soluciones y alternativas. Y si estas nuevas perspectivas quieren realmente provocar la movilización mundial que se requiere, deben estar basadas en una nueva ética global. A este respecto, sin embargo, carecemos ahora mismo tanto de las herramientas como

del lenguaje moral universal que serían necesarios para esta titánica labor.

De hecho, nos estamos dejando llevar en lugar de solucionar los problemas, y estamos perdiendo tiempo. En su conferencia inaugural en 1961, el presidente Kennedy dijo: «El ser humano porta en sus manos mortales el poder para abolir todo tipo de pobreza humana y todo tipo de vida humana». Todavía portamos en nuestras manos la capacidad de erradicar la pobreza y estamos, ciertamente, haciendo progresos importantes. Sin embargo, también seguimos poniendo en peligro la vida humana, no sólo mediante las armas nucleares y otro tipo de armamentos, sino también mediante la destrucción del medio ambiente sin sentido que estamos llevando a cabo. Debemos comprender la seriedad de la situación en la que estamos para llegar a reorientar nuestras acciones.

Logros y retos

Prefiero empezar con los datos positivos: la tasa de pobreza global está cayendo con bastante celeridad. En 1980, aproximadamente el 55% de los hogares de los países en desarrollo vivían en condiciones

de extrema pobreza, según datos del Banco Mundial. En 1990, la tasa de pobreza había descendido al 44% y en 2010 en torno al 21%. En pocas palabras, el mundo ha conseguido alcanzar el Objetivo del Milenio de reducir a la mitad la tasa de pobreza entre 1990 y 2015. De hecho, si consideramos el mundo en su conjunto, estamos incluso adelantados al plazo establecido. Sin embargo, todavía tenemos la urgente labor de conseguir en los próximos años que todas las regiones, especialmente el África subsahariana, la más pobre del mundo, compartan plenamente este logro.

A pesar de estos avances, siguen existiendo retos serios: no sólo terminar de erradicar la pobreza, sino asegurar también un sistema económico justo y ambientalmente sostenible.

En mis viajes en representación de Ban Ki-moon, Secretario General de Naciones Unidas, me he encontrado con protestas masivas en las calles de Estambul, Río de Janeiro, Santiago e incluso en mi propia ciudad, en Nueva York, con el movimiento *Occupy Wall Street*. Esta agitación no es un fenómeno restringido a una ciudad, una región o un nivel determinado de desarrollo. Es un fenómeno global de inestabilidad que refleja una crisis de desempleo, de inseguridad, de gobiernos corruptos o inadecuados y

de desigualdades crecientes. Se trata de una crisis global de legitimidad y justicia.

El desempleo juvenil es ciertamente uno de los mayores escollos. El índice de desempleo juvenil ha alcanzado en muchos países de Europa el 20% y el 30%, e incluso más del 50% en España. En el norte de África, que está en plena efervescencia, se sitúa entre el 30% y el 50%. En América Latina, entre el 20% y el 30%. En todo el mundo nos encontramos con una crisis laboral provocada por los cambios tecnológicos. La gente joven se encuentra sin la preparación necesaria para conseguir un trabajo estable que les dé seguridad y les permita formar una familia.

Los retos actuales se abren más allá de lo puramente económico y social. Tenemos que afrontar también las amenazas medioambientales. El cambio ecológico es inmenso y, sin embargo, apenas se percibe. La población mundial se ha disparado: actualmente somos 7.200 millones de habitantes en el planeta y quizás cerca de 11.000 millones para finales del siglo. Los seres humanos están usando, de media, los recursos del planeta a un ritmo que amenaza con poner en peligro equilibrios básicos como el clima global, el ciclo del agua, el ciclo del nitrógeno, la composición de los océanos y el hábitat para millones

de otras especies. Los científicos incluso han llegado a dar un nuevo nombre a nuestra era: el *Antropoceno* (del griego «época humana»). El término *humano* se emplea aquí de forma científica para referirse al hecho de que los seres humanos se han convertido en la principal causa de alteración y destrucción del medioambiente en una escala global. No es un término amable.

La humanidad no está llevando estos cambios cruciales con ningún tipo de sentido de la responsabilidad, ni siquiera con una conciencia plena, en parte porque la escala de este cambio medioambiental no cuenta con ningún tipo de precedentes. Nuestras sociedades, nuestras culturas, nuestras prácticas económicas y nuestras instituciones políticas han sido incapaces hasta ahora de hacer frente a las amenazas del cambio climático, de la acidificación de los océanos, la deforestación y otros peligros graves. Pero el ritmo de este cambio medioambiental es extraordinario, poniendo en peligro inminente a la humanidad en cuestión de décadas y no de siglos.

Por poner un ejemplo sencillo, fijémonos en los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera durante los últimos 800.000 años. Nos fijamos en él porque el dióxido de carbono es el gas más importante de los causantes del efecto invernade-

ro, que lleva al calentamiento global. El ciclo del carbono en un pasado lejano era causado por variaciones orbitales de la Tierra, mientras que en una época más reciente se puede comprobar estadísticamente que ha experimentado una variación drástica. Los niveles de dióxido de carbono se han disparado. En abril de 2013, alcanzó una concentración de 400 partes por millón, algo nunca visto en la Tierra en tres millones de años. La causa es el uso indiscriminado de carbón, petróleo y gas como fuentes de energía en todo el planeta. El grave peligro de este uso de combustibles fósiles es un cambio climático masivo y destructivo.

Las amenazas medioambientales, sin embargo, no terminan ahí. Los más importantes ecologistas de todo el mundo han identificado nueve fronteras planetarias en las que las acciones humanas amenazan con desestabilizar el planeta: el cambio climático, la acidificación de los océanos, el mal uso del agua dulce, la contaminación por nitrógeno y fósforo, la destrucción de la capa de ozono, los cambios destructivos en el uso de las tierras, la pérdida de biodiversidad, la contaminación por aerosoles y la contaminación química. Necesitamos asegurarnos con urgencia de que nuestra tecnología y nuestros recursos son compatibles con una vi-

da segura y sostenible en nuestro planeta.

Los peligros son cada vez más aparentes en nuestra vida cotidiana. Estamos estableciendo récords de olas de calor, inundaciones y otros fenómenos climáticos extremos. En 2012, Estados Unidos tuvo las peores inundaciones, las peores sequías de las últimas décadas y las temperaturas más altas que se han registrado. Pero las consecuencias son todavía más aterradoras en las regiones más pobres del planeta. Entre 2010 y 2011, el Cuerno de África sufrió una sequía extrema. Muchísimas personas murieron. Los conflictos y la violencia se dispararon. El año pasado la sequía azotó la región del Sahel en África occidental. De nuevo, el hambre y la sequía fueron detonantes de mucha violencia y contribuyeron al estallido de la guerra civil en Mali.

Metas y Ética

Y entonces, ¿qué debemos hacer? Necesitamos cambiar el ritmo de nuestras organizaciones económicas y políticas. El concepto que durante más tiempo me ha parecido el más fructífero para conseguir un cambio de mentalidad es el de desarrollo sostenible. Este concepto requiere una aproximación holística a los retos de la sociedad, más

allá del mero objetivo de alcanzar sin más el crecimiento económico. Esta visión holística combina el desarrollo económico, la inclusión social, la sostenibilidad medioambiental y las buenas prácticas de gobierno.

Los gobiernos del mundo han adoptado el desarrollo sostenible como el principio organizador para alcanzar el desarrollo global, después de la etapa de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. En la cumbre Río +20 en junio de 2012, declararon su intención de adoptar los Objetivos de Desarrollo Sostenible para ayudar a encauzar las energías de todo el planeta hacia este reto histórico. Al final de la cumbre, se aprobó el documento «El Futuro que Queremos», que describe las prioridades de desarrollo sostenible a nivel mundial y cómo una serie de objetivos de desarrollo pueden ayudar a alcanzarlos.

Los países miembros de la ONU fijarán los nuevos objetivos en 2015. Con mucha probabilidad, estos objetivos incluirán el fin de la pobreza extrema, la educación de calidad para todos los niños, la eliminación de la discriminación étnica o de género, la lucha contra el cambio climático, la promoción del trabajo digno, el establecimiento de la seguridad alimentaria y la habitabilidad de las ciudades. El primer

encuentro intergubernamental para tratar estos nuevos objetivos tuvo lugar en la Asamblea General de la ONU el 25 de septiembre.

Sin embargo, los nuevos objetivos no tendrán éxito a menos que establezcamos un marco ético global que los sustente. Es cierto que buena parte de estos retos son técnicos (por ejemplo, cómo hacer la transición hacia una economía que use poco carbono), pero también son fundamentalmente un asunto ético. A menos que compartamos una comprensión moral de lo que significa cuidar de los pobres, cuidar los unos de los otros y del planeta, hay pocas posibilidades de hacer realidad los objetivos que se establezcan.

La Doctrina Social de la Iglesia ofrece un camino único y crucial hacia una ética global del desarrollo sostenible. En mi trabajo a este respecto, me refiero a las convincentes enseñanzas de la Iglesia, como la opción preferencial por los pobres, el destino universal de los bienes, situar la propiedad privada en un marco moral y el todavía relevante mensaje del papa Pablo VI: «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz».

La Iglesia habla de manera conmovedora acerca de nuestras responsabilidades con la creación, con la caridad verdadera y con la subsi-

diariedad en las buenas prácticas de gobierno. Estas sabias enseñanzas son solo una parte de toda la Doctrina Social de la Iglesia, claro. Nos inspiran y nos indican el camino hacia una ética universal, con la persona siempre en el centro. Pueden ayudar a establecer un diálogo entre las religiones y las distintas regiones, porque encarnan deseos profundamente humanos de carácter universal.

Necesitamos un cambio de dirección a escala planetaria en muy poco tiempo. El Secretario General, Ban Ki-Moon, me ha pedido que establezca una red de trabajo global sobre el desarrollo sostenible, que se llama Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible, y que cuenta con la participación de universidades de todo el mundo, centros de investigación, empresas, fundaciones y academias científicas. El objetivo es reunir a personas relevantes a nivel mundial en el campo de la ciencia, la ingeniería, la economía, las finanzas, la ecología y otras áreas similares para buscar juntos soluciones prácticas. Tengo la esperanza de que esta Red y la Pontificia Academia de las Ciencias encuentren vías de colaboración fructífera y apasionante mientras vamos avanzando.

Cuando viajo alrededor del mundo y me entrevisto con los líderes políticos, me encuentro siempre con

que los gobiernos no están todavía preparados para afrontar los serios retos a los que nos enfrentamos, pero sí existe buena disposición para ponerse manos a la obra en todas las sociedades y en todos los rincones del mundo. Hay muchos obstáculos políticos e intereses establecidos que dificultan el avance, y muchas razones para la confusión y el inmovilismo. Y, sin embargo, sigue habiendo un profundo deseo de hacer un esfuerzo compartido a nivel global.

¿Puede el mundo alcanzar un desarrollo sostenible? La respuesta es, sin lugar a dudas, que sí. Sabemos cómo. Incluso en el poco espacio de tiempo que tenemos hasta el 2050, podemos dar un giro radical que nos permita ahorrar energía. Para 2030 podemos terminar con la pobreza extrema, reforzar las comunidades y asegurar que todos los niños puedan tener una infancia sana y una buena educación. Podemos también avanzar hacia una nueva ética global, aprendiendo de las enseñanzas sociales de la Iglesia y otras grandes tradiciones.

La elección, claro, es nuestra. Más importante si cabe, tenemos que comprender que la humanidad está unida en un destino común. Y

desde esta visión, terminemos donde comenzábamos, con el discurso del presidente Kennedy en la *American University*. Trató de convencer a los americanos de que se podían encontrar puntos comunes con la Unión Soviética, algo inimaginable para muchos americanos en aquel momento. Su mensaje, inspirado en el buen papa Juan, fue que la paz era realmente posible porque la otra parte era también humana, con las mismas esperanzas y los mismos sueños que los americanos. El presidente Kennedy expresó esta convicción con las siguientes palabras sumamente elocuentes:

«Así pues, no seamos ciegos a nuestras diferencias, pero dirijamos también la atención a nuestros intereses comunes y a los medios que nos pueden permitir resolver esas diferencias. Y aunque no podamos poner fin ahora mismo a nuestras diferencias, al menos podremos ayudar a que el mundo sea seguro para la diversidad. Porque el análisis final es el siguiente: nuestro vínculo común más básico es que todos vivimos en este pequeño planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos apreciamos el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales». ■